

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 148

Sevilla—Martes 1.º de Julio de 1902

AÑO XXVI

¿Gobiernan los ministros?

En nuestro número de ayer recogíamos las impresiones del mundo político acerca de los tropiezos, ó mejor de los escollos ante los cuales se vienen estrellando acuerdos de gobierno é iniciativas ministeriales que hacen temer por los fueros de la Constitución, y que implican algo muy grave que afecta al régimen constitucional.

La combinación de mandos militares, en que tan mal parado ha quedado el ministro de la Guerra; los proyectos de decretos sobre inspección de enseñanza y otorgamiento de la gran cruz de Alfonso XII al insigne autor de *Electra*, al ilustre Galdós, en que ha tropezado el ministro de Instrucción pública, no es ya un secreto para nadie ni murmuraciones de desocupados: son hechos positivos en desprestigio del gobierno responsable, que va dejando en su camino las atribuciones constitucionales.

La capitán general de Madrid sigue vacante, y los nombramientos de los generales para Galicia y Burgos no los ha llevado a la real-firma el general Weyler, sino el Presidente del Consejo de ministros. Por esto, sin duda, ha sonado ya en los espacios la fatídica palabra, y de crisis se habla en todos los círculos, como se comentan también en algunos centros ministeriales algunos conceptos atribuidos al general Weyler, que en estos días se expresa en lenguaje muy vivo, sin duda por efecto del calor y de los continuos sofocos que está recibiendo, porque es evidente que en ciertas esferas se le pone la proa para que se vaya, ya disipados los miedos que llegó a inspirar en época no muy remota.

Y le tumbarán y no habrá pasado nada, y los jalones que fué colocando se quedarán en sus pedestales como estatuas marmóreas, á merced del que se enoja.

También Moret, el atildado, pulcro y fiel servidor de la monarquía, ha sido duramente fustigado, poniéndole en frente á quien tan mal le trató en el último debate del Senado.

Ya puede Canalejas en la nueva excursión prepararse y anunciar francamente su decisión de pasar el puente; porque si con los ministros actuales, que, sometidos á las imposiciones del nuncio romano, á quien pagamos los españoles para que sirva al Papa, se procede en forma tal que no pueden ni conseguir una cruz para el primero de nuestros novelistas, después de haber arrojado por la borda todo lo que de liberal tenía el Gobierno, ¿qué sucedería con sus reformas y con las ideas que ha expuesto? No debe vacilar ni esperar nuevamente más, porque de cándido no tiene nada, no sea que las gentes den en pensar que es uno de tantos, y le vuelvan la espalda los demócratas de buena voluntad que hoy le aplauden y le aclaman como caudillo de la revolución de la dignidad.

Sagasta trata de prolongar la reunión de los ministros en consejo hasta la víspera ó antevíspera de la excursión veraniega de la Corte, y en realidad de verdad hace bien; porque ¿qué adelantaría con esas reuniones de secretarios que toman acuerdos, proyectan reformas que luego no pasan? ¿Para qué se van á reunir esos ministros, como no sea para renunciar un cargo que no tiene de tal ya más que el nombre?

La suerte está echada; la inclinación de la balanza nos lleva á un régimen en que la potestad real lo es todo, y los ministros no gobiernan, sino que, sencillamente, despachan, como decíamos en nuestro número anterior.

Con Sagasta perdimos las colonias, con Sagasta nos vemos entregados al Vaticano, y con Sagasta y con los liberales la Constitución ha dejado de ser y el sistema constitucional ha muerto.

A. A.

Murmuraciones

La noticia más importante de Madrid es que... no parece la Cecilia, la joven servidora que la justicia busca como protagonista del crimen últimamente cometido en la calle Fuencarral.

La mayoría de los periódicos madrileños

echa pestes contra la policía española, tan torpe é ineficaz, que se le va de entre las garras una mujer bonita, simpática, de Irúa y con unos pocos de miles de francos encima.

Y como dicha Cecilia, ó doña Cecilia, es la que está en los secretos de lo acaecido y en las aficiones á que rendía culto el difunto Sr. Pastor, si ella no parece, la novela del crimen de la calle Fuencarral dará muy pocas monedas de cinco céntimos.

De ahí que la prensa madrileña en general se conduela de esa policía española que, cuando más falta hace, más torpe se muestra.

Por lo que respecta á Sevilla, nada hay que nos llame la atención.

Si no fuera porque anoche, á la hora del toque de ánimas, se arrojó una comadrona desde una azotea á un patinillo... si no fuera por ese hecho triste, que ha venido á dejar en la mayor indigencia tres criaturitas pequeñas, nada turbaría la santa paz de este charco sevillano, especie de convento que se rige á toque de campana sin que ocurra ninguna cosa singular.

Lo del tren expreso diario ha quedado en suspenso, hasta que escriban el memorial que han de llevar á Madrid los diputados por Sevilla, como obligados peticionarios y exponentes de las necesidades y quejas de la ciudad.

Casi casi tenemos la seguridad de que el Consejo de ferrocarriles dará su palabra de honor de hacer cuanto pueda; y con esas buenas palabritas y un bombo para todas aquellas personas que han tomado parte en estos dimes y dires, nos retiraremos este verano al último rincón de casa que esté más fresco, y nos disponemos á esperar.

Á esperar lo que venga.

El Sr. Conde de Santa Bárbara, Senador por la provincia de Sevilla, ha presentado la dimisión del cargo porque el Sr. Marqués de Pickman se permitió llamarlo al orden, diciéndole, poco más ó menos, que hacía traición al partido liberal sevillano.

Antes de tratar esta cuestión debemos de hacer constar que la renuncia no es otra cosa que un título más que no había á quien dárselo y se lo dieron á él, á quien no le sentaba mal.

El Sr. Conde es un hombre que está bien quisto con el sosiego y la dulce placidez... Su inmensa fortuna lo pone á cubierto de inusitadas ambiciones y de críticas ruines. Su edad avanzada y los achaques físicos que padece le impiden dedicarse á la ardua labor de la política; y sólo cuando van á verlo algunas personalidades para recabar de él el prestigio de su nombre, porque otra cosa no puede dar, es cuando sale á la plaza pública á presidir.

Sus ideas políticas nadie las conoce: ni él tampoco.

Ucas veces se presenta como católico apostólico romano, casi lindando con esa madriguera en que bullen los Calvi y La Sota, y otras veces lo proclaman miembro de la Unión Nacional...

Desaparece ésta: los liberales fusionistas del Marqués de Paradas necesitan aplacar las ambiciones de cuatro andarríos de la política que querían ser senador por Sevilla, y lo escogen á él... Se forma la Junta de Vecinos:—¿A quién ponemos de pantalla de nuestras ambiciones?—se preguntan.

Y enseguida sale á la palestra el Sr. Conde, porque es una buena voluntad siempre dispuesta á ejercer de santón.

El abuso que hacen de su personalidad lo llevará al desprestigio.

Una genialidad del Sr. Marqués de Pickman, no vituperable en este señor, porque ya es sabido que es joven y que no tiene nada de Salomón, ponen al Sr. Conde en la situación de dimitir un cargo que debió comenzar por no admitirlo cuando se lo ofrecieron.

El Sr. Conde de Santa Bárbara, si dicho señor había tomado en serio la representación, no lo juzgamos correcto.

Sevilla no es el marqués de Pickman.

Alguien que no conozca lo que sucede en Sevilla podrá dar importancia al hecho mencionado.

Pero en nuestra ciudad, donde sabemos que el Conde de Santa Bárbara es un señor muy bueno, asequible á todo aquello que pueda darle lustre y resonancia, y que va donde lo llevan—excepto cuando tiene que oír misa ó irse á descansar á su retiro de Logroño—no habrá de llamar la atención.

La renuncia de Senador la tenía presentada ya desde el momento que se la dieron.

El Sr. D. Augusto Plasencia no está ya para esos trotes.

Huelgan, pues, á nuestro juicio, todos los comentarios que se hagan.

Unos ochenta millones de indios mueren de hambre por un horrible sequía que se padece en Bombay. ¿Por qué no van misioneros á la India á predicarles que Dios atiende á sus hijos y los considera iguales?

Esto que copio á continuación, aunque es algo extenso, ruego á mis lectores que lo lean porque es edificante.

El hecho ha sucedido en Barcelona, y lo relata *El Diluvio* del modo siguiente:

«Aunque era ya avanzada la hora—poco más de media noche,—como el calor apretaba de lo lindo, muchos vecinos de la calle de Aldana entreteníanse, mientras tomaban el fresco, charlando de balcón á balcón ó sentados frente á la puerta de sus casas.

De pronto vieron embocar la calle, por la ronda de San Pablo, un reluciente landó tirado por dos briosos caballos que se detuvieron ante una residencia monjil allí instalada. El caso picó la curiosidad de los vecinos, los cuales pusieron en acecho, con ansia de saber quién ó quiénes fuesen los visitantes que con tan poco recato se dirigían á deshora al convento, asilo, colegio ó lo que fuere que unas monjas tienen establecido en la calle de Aldana.

Ya frente á la clerical mansión, echó pié á tierra un apuesto lacayo, abrió una de las portezuelas del vehículo y de él descendieron hasta cuatro ensotanados, uno de los cuales, según alguien pudo advertir, era tratado por los restantes con marcadísima diferencia, y más aún, con respeto rayano en veneración. Dábanle el tratamiento de ilustrísima, de lo que dedujeron los mirones que se trataba de alguna alta dignidad de la Iglesia.

Contribuyó á que los ensotanados de la religiosa el que, cuando se detuvo el carruaje frente al domicilio de las monjas, una de éstas se asomara al balcón, lo que daba á entender que se aguardaba allí á los trasnochadores ensotanados. Coláronse éstos en la residencia de las desposadas con Cristo, y entonces fueron de oír las puellas soltadas por los que desde dos tabernas inmediatas, al rededor de mesas colocadas al aire libre, presenciaron lo sucedido.

—¡Vaya, vaya, qué aprofitil!—dijo á voz en grito uno de los regocijados husmeadores.

Estas palabras, que de seguro llegarían á oídos de Su Ilustrísima y los que con él iban, fueron acogidas con fuertes risotadas por todos los que desde la calle y los balcones hacían picantes y sabrosos comentarios acerca de la nocturna visita, que alguien calificó de juerga mística.

Cuando, después de haber dejado en el domicilio monjil el cargamento de curas, marchábase el cochero, alguien le preguntó:

—¿D'ahont vens am aqueixa carga?

—¡Vinch de portarlos de ca la Geperuda!—contestó el auriga.

La chusca respuesta del cochero hizo desternillar de risa á cuantos la oyeron, quienes pasáronse un largo rato haciendo conjeturas acerca de lo que entre ellos y ellas ocurriría en el clerical alojamiento. Y terminó el saínete.

¿Quién es el encopetado con sotana que á altas horas de la noche entra como Pedro por su casa, y sin importárselo lo que digan la gente, en un albergue monji? A punto fijo no lo sabemos; pero quizás se trate del obispo de Solsona, que recientemente ha permanecido algunos días en Barcelona, y, según hemos oído decir, le agasajó mucho una comunidad compuesta en su mayoría por monjas, de quienes en otro tiempo fué el hoy prelado padre espiritual.

Cama aparte, digo, mala intención aparte, á mí no me llama la atención.

Si los conventos no sirven para eso, y para otras cosas como esas, ¿quieren ustedes decirme para qué sirven?

—Para alabar á Dios.

Bueno.

Y para que duerman los obispos.

Dos cosas distintas que caben muy bien dentro del rito católico-apostólico-conventual.

Los franciscanos de Almagro que se burlan del Gobierno han encontrado padriños, y ya no serán disueltos.

Yo eso siempre lo esperaba.

¡Vaya, señores, me alegro!

¡Ay, quién fuera franciscano para burlar al gobierno!

El Liberal de hoy dice:

«Si vencidas las dificultades que existen se llegase á firmar el decreto concediendo la cruz

de Alfonso XII al Sr. Pérez Galdós, no sería aceptada por el insigne novelista.

Así lo aseguran sus amigos.»

Así debería de ser.

Pero no será.

No sé por qué me figuro que Pérez Galdós no va á estar á la altura de las circunstancias.

Porque ya ha tenido ocasión de manifestarse.

De un colega de la Corte:

«Ayer tarde, en el momento de entrar el rey en Palacio, al regresar de la Salve, advirtió al extremo de la calle de Bailén la presencia del Sagrado Viático.

Inmediatamente se arrodilló en el suelo, así como toda la familia real y su séquito, permaneciendo todos en esta reverente actitud hasta que se perdió de vista la comitiva del Santísimo.»

—Es la primera vez—decía un transeunte que presencié el acto—que veo tantos millones arrodillados.

Dice el corresponsal de *El Liberal* en Jerez:

«Cuando llegaron ayer al cortijo de San José de Pruna las fuerzas de caballería destinadas á vigilar aquella zona, se les ofreció comida.

Esta es la misma que se acostumbra á dar en el cortijo á los trabajadores, y consistía en un soppado con agua y aceite, al que dan el nombre de *pucha*.

El oficial que mandaba la fuerza, al ir á probar la comida, dijo: «Mis soldados no comen esto, sino carne y garbanzos.»

El cortijo lo labra el señor García Benítez, rico propietario.»

¡Y pensar que los soldados van allí á defender que le den de comer á los trabajadores lo que ellos no quieren!

Esto sí que clama al cielo y hace renegar de lo divino y de lo humano.

CARRASQUILLA.

Hojas volantes

DESDE BARCELONA

La jornada aquella del 22 de Junio en Barcelona aún es una actualidad aprovechable....

La noticia del suceso circuló por los hilos, y las hojas periódicas del extranjero, al recogerlas cariñosas en sus columnas, le ofrecen la distinción del comentario. Comentario enérgico, virulento, que debiera hacer sonrojar hasta las orejas á un gobierno que escaló el poder por apellidarse liberal y demócrata.

Todo puede darse por bien empleado. El infausito suceso nos ha proporcionado grandes consuelos. Los consuelos de que hayan podido mostrarse en toda su indecente desnudez los enemigos del ilustre demócrata, combatiéndole con un coraje que, empleado en otra causa, podría ser beneficioso para el país.

El Gobierno, horrorizado de su obra, cobarde para hacer frente á la querrela, habla de las autoridades barcelonesas, de su responsabilidad única, de su modo de apreciar hechos, olvidando descaradamente lo que es ley en derecho constitucional.

Las autoridades barcelonesas, que oyeron cerca el rugir de rabia de los atropellados, ofrecen sus excusas, indican que se hallan dispuestos á dimitir; y el general Bargés, acaso más magnánimo, se cruza de brazos, y mirando las caras compungidas de sus colegas, acepta toda la responsabilidad con gesto bello....

La prensa destroza la verdad de los hechos. Los que gozamos del triste privilegio de presenciar el bárbaro espectáculo, quedamos admirados de la inventiva de los clericales, que vieron lo que no pudo ver nadie, y oyeron lo que nadie pudo oír.

Si la sagrada libertad de la prensa ha de servir para falsear hechos y mentir con descaro, ¡mal haya sea la tan decantada libertad! La verdad debiera ser freno obligado á todos esos desbocados de espíritu....

Los que han batido el record, fantaseando de una manera deplorable, han sido los periódicos catalanistas.... Gentes mal avenidas con la verdad, maestros en el arte del embuste, desconocedores de los más rudimentarios principios de personas bien educadas, son los tranquilos que recogen cieno de sus madrigueras para arrojarlo al forastero ilustre.

La Kaca queda marcada con tinta fuerte.

Libert. sca núm. 9 MADRID



Conocemos el juego de nuestros adversarios. Suena la hora...

FEDERICO DEÁN.

De actualidad

Repentinamente reunió el Consejo de ministros a consecuencia de adelantarse el Consejo en palacio, con motivo de marchar la Corte a San Sebastián el miércoles.

Ocupáronse de la combinación de gobernadores, provisión de la Capitanía general de Madrid y otros decretos pendientes.

Se firmará antes de la marcha de la Corte. Al Consejo llevó Montilla un decreto creando un patronato para reprimir la trata de blancas.

El Consejo duró tres horas.

Aprobóse un decreto constituyendo, bajo la protección de la reina, un patronato encargado de reprimir la trata de blancas, igual que en los demás países de Europa y como procedente del Congreso que se celebra en París con objeto de acordar las bases de legislación internacional que persiga este tráfico.

Expedientes de material de guerra.

Autorizóse a Almodóvar para que nombre una junta a la cual se someterán en consulta las reformas administrativas que se realicen en las posesiones de Guinea y Zahara occidental.

Autorizóse a Veragua para publicar su reglamento regulando el contrato del trabajo dependientes de los departamentos.

Weyler comunicó haber nombrado una comisión de artilleros, ingenieros y estado mayor, para que reconozca los polvorines de Carabanchel y evitar accidentes.

Weyler y Moret leyeron telegramas de Luque y La Guardia resumiendo la cuestión agraria de Jerez y deduciendo que los elementos anarquistas habían impedido la avenencia que se logró en principio entre patronos y obreros.

Excitaban los libertarios al mantenimiento de la huelga general.

Después de amplia discusión, reiteróse a Weyler, Montilla y Moret el cumplimiento de los acuerdos adoptados.

Aprobáronse dos circulares de Moret, de acuerdo con la Comisión de reformas sociales, relativas a la manera de efectuar la inspección de fábricas y talleres respecto de la ley de accidentes del trabajo y al modo de facilitar el descanso dominical a los obreros, dirimiendo dificultades que ocurren.

Sagasta informó sobre las combinaciones militar y de gobernadores, aprobándose.

En Londres la prensa de la mañana se muedo VII.

La prensa italiana insiste en desmentir el rumor sobre nuevos convenios comerciales con las potencias aliadas.

El miércoles habrá en la Cámara francesa un ruidoso debate con motivo de ataques de la derecha al gobierno sobre la conveniencia de clausura de un centenar de conventos.

Comunican del Cabo haitiano que un buque de guerra, al mando del comandante de la marina haitiana, ha bombardeado la población sin prevenir a los cónsules extranjeros.

Estos refugiáronse en el cañonero Pierrot. El fuego continúa a las calles con gran riesgo de los habitantes.

La huelga de los cargadores del puerto de Lisboa sigue en el mismo estado. Los buques últimamente llegados están sin descargar.

La Corte no marchará hasta el jueves.

El sábado hubo en las Azores erupción volcánica submarina con frecuentes terremotos que ha destruido los cables.

Pérez Galdós marchó a Santander.

Barcelona.—Los ingenieros civiles observaron con un banque a Villanueva. Marchará a Villafranca y San Sebastián.

Mañana marcha a Burgos Canalejas a continuar su propaganda. Prepáranle obsequios.

La prensa comenta la repentina reunión del Consejo.

Atribúyenla unos a la marcha de la Corte, otros a la crisis y otros a graves noticias de las huelgas.

Los amigos de Moret prepáranle un banquete político en la plaza de toros, para contestar al de Canalejas.

La medalla de Galdós

De nuevo ha salido una lista de literatos agraciados con la medalla de la orden de Alfonso XII, creada por su hijo para recompensar los trabajos literarios de hombres eminentes, y de nuevo el nombre del insigne novelista Galdós ha sido borrado de entre los candidatos.

Al formarse la primera lista, los clericales, que tanto privan en Palacio, aconsejaron a Alfonso XIII que eliminase a Pérez Galdós, y así se hizo. La opinión pública y sensata recibió con hostilidad y murmullos tan deplorable des terminación y se convino en resarcir tardíamente tan inexplicable yerro.

Pero esta vez, como siempre, el clericalismo ha triunfado por completo. Galdós se ha vuelto a quedar sin medalla.

Hasta El Correo, órgano de Sagasta, se ha asustado de esta preterición. Elocuentes son estos detalles para los que saben leer en las cosas humanas y justiprecian el arraigo y vida del clericalismo entre nosotros.

Galdós, honrado por la monarquía, era lo mismo que recibir un visto bueno de sus campañas y tendencias radicales. Y ese visto bueno no lo puede dar hoy en modo alguno la monarquía actual. Galdós ha fustigado constantemente en sus obras, muchas veces sin darse cuenta, a las figuras odiosas del tipo hipócrita, místico y clerical. Gloria, Doña Perfecta, La familia de León Roch y últimamente Electra, contienen pinceladas mágicas y enérgicas de odio anticlerical y ansias infinitas de algo nuevo, más puro y hermoso que lo presente. Algo donde el espíritu moderno pueda volar sin trabas ni cortapisas; donde la fea tradición teocrática no tienda sus lazos, donde la rutina no sujete las alas, donde las preocupaciones no maten con sus tinieblas la luz que surge de los cerebros fecundados por el progreso, formados para las conquistas brillantes de una vida nueva, donde se sachie el hambre nostálgica de libertad y de cultura.

Y por lo mismo que Galdós pide y ansía todo eso, la medalla de Alfonso XIII no podrá adornar su pecho. La Restauración y la regencia han regado con mimo, con exquisita solicitud, las agrestes plantas del clericalismo y la reacción, y hoy, que se levantan exuberantes de savia y vigor, no es posible premiar al brazo vigoroso que empuña la hoz y ansía cortarlas y arrojarlas a la hoguera.

Cada vez se hace más hondo y visible el abismo que separa al Gobierno de la nación. Cuando el pueblo grita y pide luz, se hacinan sobre él densas brumas que le asfixian; cuando se resucitan las anacrónicas represalias de Fernando VII, y ¡quién sabe si volverá a alzarse la horca del general Riego y se iluminará el horizonte con los sinistros reflejos de las hogueras del Santo Oficio!

En este estado de cosas nada nos sorprende la gloriosa excepción honorífica que se hace con Galdós. Cuando se sella con el mauser la boca del propagandista, se dimite a los gobernadores que suspenden procesiones, nos rodean cinco mil conventos, y Sagasta besa contrito la sandalia pontificia, premiar a Galdós hubiera sido el colmo de los contrasentidos.

No; quédense esos honores subimes para los poetas de casa y boca, como Grilo y Carulla. A Galdós no le hace falta la protección oficial de Núñez de Arce, ni los cargos diplomáticos de Manuel del Palacio.

La mejor medalla de Galdós son sus obras, sus brillantes novelas, sus profundos dramas, la rica joya de sus Episodios Nacionales. Esa medalla perdura siempre y el tiempo no la corroe y enmohece. Quizá a última hora se quiera deshacer la intriga clerical para bienquistarse con la oposición, y se ponga el nombre de Galdós entre los postreros agraciados. Si ese caso llega, creemos que la dignidad veda al insigne novelista aceptar una distinción tardía y forzosa. Galdós debe rechazar esa medalla porque en realidad no la merece. Y no la merece, porque esa medalla no es la expresión genuina del galardón debido al talento, sino a los servicios prestados a la Restauración y a la regencia. Sin esa medalla Galdós tendrá un título más de simpatía ante la opinión pública; con esa medalla su aureola perderá uno de los destellos más atractivos: el de la justicia hollada.

Cada día se aumenta más la falange gloriosa de las víctimas: ayer Canalejas, hoy Pérez Galdós. Y entretanto, el Vaticano sonríe, la Corte se prepara al veraneo, el Nuncio aconseja a Moret, y los frailes crecen a millares como los gusanos de un cuerpo putrefacto.

¡Verdad! ¡Justicia! ¿Dónde estás? ¿Dónde te oculta?

Siga, siga la Gaceta acentuando sus confesiones clericales y rechazando el decreto de Romanones sobre enseñanza privada hasta que la libertad y la democracia pongan su firma al pie de ella. Que entonces el pueblo distribuirá medallas a millares, medallas donde esté grabado

el número de la caída que algunos hoy triunfantes ocuparán como reos de Estado en el gran presidio nacional.

ERASMO.

La huelga de Jerez

Hé aquí las últimas noticias del conflicto obrero, creado por la huelga de los braceros de la campiña jerezana.

Por orden de la alcaldía se fijó ayer el siguiente bando:

«DON JULIO GONZALEZ HONTORIA, Alcalde de esta ciudad.

Hago saber: Que agotados ya cuantos medios de persuasión me ha sugreido mi buen deseo para conseguir termine de una vez la situación anormal que atraviesa la población, y plenamente convencido de que tal situación, que tanto perjudica a la honrada clase trabajadora, es obra tan sólo de elementos perturbadores, que con el propósito de conseguir particulares fines pretenden impedir reanuden sus faenas braceros laboriosos a quienes contra su voluntad se obliga a sostener la huelga declarada, no obstante las nuevas bases para el trabajo presentadas por el gremio de Labradores, bases similares a las ya aceptadas por los obreros de Arcos, Bornos y otras localidades, pongo en conocimiento de todos que con el mayor rigor se ha de castigar toda coacción que en cualquier sentido intente cometerse, así como que encontrarán seguridad completa cuantos quieran volver al campo para emprender de nuevo sus trabajos, pues que para ello contarán con la más decidida protección, tanto de las fuerzas del Ejército y de la Guardia civil como de los agentes de mi autoridad que a tal efecto recorren la campiña.

Fundadamente confío en que tales seguridades llevarán al ánimo de todos la más completa tranquilidad, y que, gracias a la actitud correcta y sensatez de la clase trabajadora, no se harán necesarias medidas de rigor, cuyas consecuencias seguramente habrían de ser en alto grado lamentables.

Jerez de la Frontera 30 de Junio de 1902.— Julio González.»

Durante la madrugada anterior el Alcalde di puso que algunos agentes de su autoridad recorriesen las posadas donde se albergaban trabajadores, para manifestarles que estaba garantizada la libertad del trabajo en los campos y que podían salir a trabajar con entera libertad, o marchar a sus pueblos, pues no estaba dispuesto a consentir tal aglomeración de jornaleros en la ciudad.

Por la mañana salieron algunos trabajadores. El estado de la huelga es el siguiente: la siembra se está efectuando en todos los cortijos, salvo en uno ó dos, donde se espera que se reanude hoy esa faena.

Las faenas de la era se efectúan sólo en muy contados cortijos y con escaso número de trabajadores, pudiendo decirse que se halla paralizada la trilla.

Algunos ganaderos, muy pocos, han abandonado sus puestos, avisando antes a los dueños para que les busquen sustitutos.

En el campo la tranquilidad es completa, y a pesar de cuanto se dice, la guardia rural no ha tenido que intervenir para evitar coacciones; sí hay excitaciones a la huelga por medio de cartas y emisarios, pero sin ejercer amenazas.

Hemos tenido ocasión de leer una de esas cartas, y en ella, después de aconsejar la huelga general y de pedir la solidaridad de todos los obreros, se concluye diciendo que quedan todos en plena libertad para hacer lo que mejor les acomode, sin presión de nadie.

El gobernador señor Laguardia, ya restablecido, regresó ayer en el expreso a Cadiz.

Por la noche recibió el Alcalde un telegrama de dicho señor, comunicándole que se había hecho cargo del Gobierno de la provincia y que su primer acto había sido dirigir un telegrama al ministro de la Gobernación, manifestándole lo acertada y eficaz de la gestión del Alcalde de Jerez, Sr. González Hontoria, en el asunto de la huelga. Concluye el telegrama agradeciendo las atenciones del señor Alcalde.

Por el telegrama citado y por las noticias recibidas de Cadiz, se sabe que el Sr. Bahamonde no ha llegado a tomar posesión del Gobierno interino de la provincia y regresará pronto a Madrid.

Hay que ingeniarse

El cura de X era un santo en toda la extensión de la palabra.

Después de atender a sus necesidades, que eran muy reducidas, invertía lo que le sobraba de la exigua asignación que percibía en socorrer a los pobres de su parroquia.

En la iglesia de X nada faltaba, pues el señor cura era muy celoso del culto.

En cambio, él vivía miserablemente.

—Nada es mío—decía—todo es de los pobres.

Y era verdad.

Sucedió que el prelado giraba la pastoral visita y se hospedó en casa del cura de X.

Cuando el obispo, que ya tenía noticia de las virtudes del cura, vió las privaciones a que

vivía sometido aquel hombre, quedó maravillado.

Llegó la hora de la comida, y entonces comprendió que el párroco había hecho un verdadero sacrificio. Sabía demasiado el obispo que el buen cura de X no se regalaba a diario con tan ricos manjares como los que fueron presentados en la mesa.

En ésta había convidados algunos sacristanes de las parroquias vecinas, y cuando, terminada la comida, se retiraron, el prelado contestó brevemente con el cura de X.

Hízole el arzobispo algunas observaciones acerca de la pobreza en que vivía, a lo que el santo varón contestó diciendo que su parroquia era muy pobre, y que si había de atender a las necesidades de sus feligreses, no podía permitirse muchos lujos; añadiendo que, no obstante, estaba conforme y muy satisfecho en el pueblo de X, y que solamente en virtud de la obediencia cambiaría su parroquia por otra, aunque ésta le produjese más pingües rendimientos.

Al día siguiente continuó el obispo la visita a las demás parroquias, y al despedirse del párroco de X, le dijo:

—Adios, señor cura; voy satisfechísimo de usted; Dios premiará sus virtudes; pero puede ganar la gloria sin sufrir tantas privaciones. Su parroquia es pobre, pero hay que ingeniarse.

Y dando a besar su pastoral anillo al cura, se alejó acompañado de su secretario.

La tertulia del cura era en la botica del pueblo.

Allí se reunía lo más granadito de X; pero el cura con nadie tenía tanta intimidad como con el boticario.

A éste refirió todo cuanto le había ocurrido con el obispo, y le preguntó su opinión acerca de la interpretación que debía dar a las frases «su parroquia es pobre, pero hay que ingeniarse».

El boticario, que sabía perfectamente que el amigo el párroco era un bendito, contestó con evasivas.

No habían transcurrido ocho días, cuando de la iglesia de X desapareció la santa tutelar de la parroquia.

El cura estaba inconsolable. Tanto las censuras del prelado y las de sus feligreses.

Varios de éstos, que regresaban una tarde de sus labores en el campo, fueron corriendo a casa del cura, y llenos de alegría le refirieron que habían hallado en un camino la imagen de la Patrona, colocada sobre una piedra y adornada con flores.

El cura no cabía en sí de gozo.

Organizó una procesión y la santa fue conducida a la iglesia.

Pero hé aquí que a los tres días desapareció nuevamente la imagen, y vuelven a encontrarse unos pastores en el mismo camino y sobre la misma piedra que la vez primera.

El boticario se encargó entonces de completar la obra que había comenzado.

Indicó a todos sus amigos, y a cuanta gente concurría a la botica, que la desaparición de la Patrona y su traslado al lugar en donde había sido hallada era prueba evidente de que quería se le erigiese allí la ermita.

El mismo inició una suscripción, que alcanzó enseguida a una cantidad respetable.

Se solicitó permiso del obispo para comenzar las obras.

Al concederlo, escribió particularmente al cura, repitiéndole las misteriosas frases: «Hay que ingeniarse».

Comenzaron las obras, y antes de que estuviese terminado el templo, llegó el día de la Patrona.

La sencilla fiesta de otros años fué en aquélla una solemne romería.

De todas partes acudieron peregrinos que llevaban a la milagrosa santa ricos presentes.

En pocos años alrededor de la ermita se hizo un pueblo nuevo, y la parroquia de X llegó a ser una de las más ricas de la diócesis.

Entonces comprendió el cura cuál era el verdadero significado de las palabras del obispo: «Hay que ingeniarse».

JOSÉ BARRAL.

Noticias locales

ES INTOLERABLE

Con el título que antecede escribe El Noticiero las siguientes líneas: «Los abusos que viene cometiendo en Sevilla la empresa encargada del abastecimiento de